



Los símbolos del poder

Symbols of power

Demetrio E. Brisset Martín

Catedrático de Comunicación Audiovisual. Universidad de Málaga.

brisset@uma.es

RESUMEN

Desde la antropología visual, con ayuda de la iconología, se emprende una aproximación etnohistórica al complejo simbólico que integran los emblemas monárquicos. Se analizarán en profundidad las coronas y los bastones de mando o cetros, y tras recorrer diversos ritos de coronación, estudiaremos el modelo pictórico de presentar a los monarcas hispanos y la evolución del objeto-símbolo de su poder.

ABSTRACT

From the standpoint of visual anthropology, aided by iconology, we undertake an ethnohistorical approach to the symbolic complex expressed by monarchic emblems. We make an in-depth analysis of crowns and sceptres or other symbols of power and, after researching several important rites of coronation, we will study the pictorial model of representation of Hispanic kings and the evolution of the object-symbol of their power.

PALABRAS CLAVE

antropología visual | iconología | etnohistoria | símbolo | corona | cetro | monarquía

KEYWORDS

visual anthropology | iconology | ethnohistory | symbol | crown | sceptre | monarchy



Imagen 1. Corona del Sacro Imperio Romano Germánico (Viena, siglo X).



Imagen 2. Palacio Real de Madrid (siglo XVIII).

En nuestras actuales sociedades complejas, el acceso de una persona al poder gira en torno al acto de su proclamación (según diversos mecanismos, más o menos democráticos o autoritarios), mediante la cual ostentará la delegación del conjunto social, al que sustituirá en la toma de decisiones. Los miembros de la colectividad han incorporado culturalmente determinada simbología del poder, de la que suelen

desconocer sus raíces y significados. De acuerdo con Abélès, es importante que los antropólogos se interesen por “las gramáticas del poder, poniendo de manifiesto sus expresiones y sus puestas en escena”, ya que se trata de representaciones que “muestran las formas de lo político en nuestras sociedades, o dicho de otro modo, las prácticas que conforman la esfera de lo público” (Abélès 1977: 1). Sin olvidar que nuestros gobernantes para cimentar su poder se aprovechan más de los medios de comunicación icónicos que de liturgias civiles.

Para evitar conflictos respecto a la función representativa, una de las bazas de los usufructuarios del poder es reivindicar su legitimidad. Para construirla y mantenerla, se reactivan los ritos que apelan a la nación y a su memoria, y se materializan por medio de símbolos que configuran un sistema de valores comunes (1). En el ritual político se hace referencia a una tradición y de esta toma su fuerza (implícita o explícitamente). Además, el oficiante del rito “tiene tendencia a anularse para dejar que hablen mejor los símbolos, para que su acción se inscriba en un sistema de valores que está por encima de él y en una historia colectiva que todo lo engloba; lo que prima es el sistema de valores y de símbolos reactualizado por el acto ritual” (Abélès 1977: 9). En el caso de la España contemporánea, en su ordenamiento constitucional conviven un sistema electoral de delegación periódica del poder gubernamental con otro vitalicio y dinástico para la jefatura del Estado.



Imagen 3. Proclamación como rey de Juan Carlos I (Madrid, 22 noviembre 1975).

En la primavera de 2012, diversos incidentes relacionados con miembros de la reinante casa borbónica (2) indignaron a la opinión pública, con el desprestigio mediático del régimen monárquico reinstaurado por el dictador Franco. Aquí vamos a investigar la evolución histórica y los significados, tanto de los ritos de entronización de soberanos como de la simbología presente en tal ceremonia que tuvo lugar en 1975.

Materializaciones del poder

Son diversas las expresiones simbólicas que reflejan autoridad o poder: uniformes, insignias, armas, creaciones artísticas, edificios... Quizás su manifestación más ostentosa sea la arquitectónica, de la que destacaremos el castillo, recinto amurallado cuya construcción exige gran esfuerzo colectivo y se remonta al neolítico precerámico, ese período de la prehistoria que se desarrolló en el llamado Creciente Fértil entre el VIII y X milenios a. C., cuando aparecieron edificios monumentales de carácter comunal. De esta etapa inicial de la civilización se conserva una de las ciudades más antiguas del mundo, la bíblica Jericó (en la actual Cisjordania palestina). La arqueología atestigua su existencia al menos desde el año 8000 a. C., datándose hacia el 7000 a. C. sus edificaciones neolíticas. Gracias al comercio, Jericó prosperó, agrupando a unas 3000 personas, con uno o dos templos, y rodeándose de gruesas murallas con un sistema defensivo muy elaborado, que pasa por ser el primero en la historia de la humanidad: un

terraplén de 3 m de anchura y 4 m de altura, donde se apoya un torreón de 8,5 m de alto (Bernabéu y otros 1993: 115-116).

En España tenemos su equivalente en el yacimiento de Los Millares (Almería), poblado fortificado con cuatro murallas y torres de defensa, cuya antigüedad se remonta al 2700-1800 a. C.

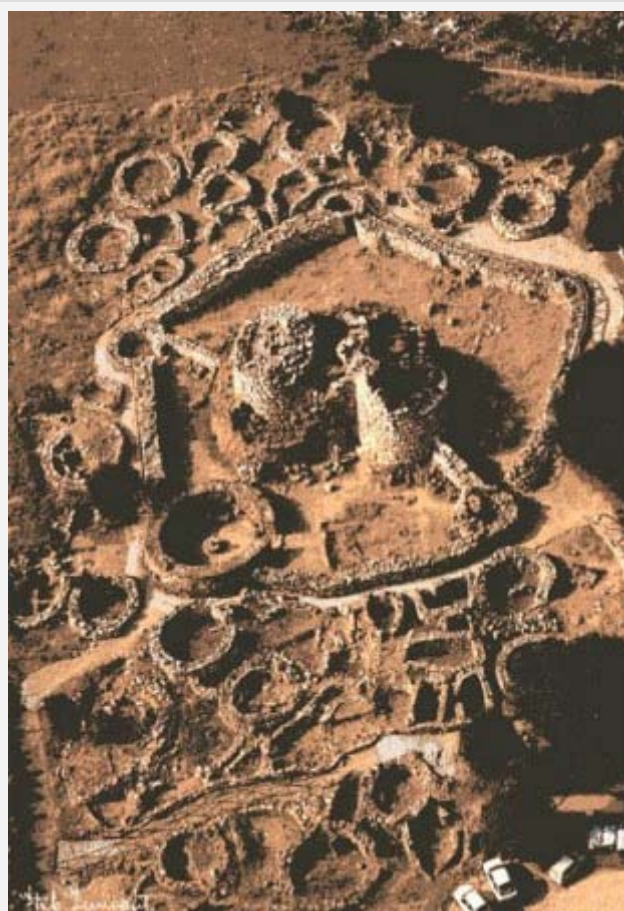


Imagen 4. Recinto amurallado de Palmavera (Cerdeña).

Una de las fortalezas prehistóricas mejor conservadas se encuentra en el poblado o *nuraghe* Palmavera, cerca de Alghero (Cerdeña), habiendo sido construida la base de la torre principal entre los siglos XV y XIV a. C., y su segunda torre y la nueva muralla hacia el siglo IX a. C. Se puede considerar que el castillo “posee una doble imagen: por un lado es la defensa contra los ataques enemigos, la protección militar. Pero es también la sede del poder, símbolo del señor al que entregar los tributos y que impone las normas” (Brisset 1984: 484). Otro objeto expresivo enraizado como mito casi universal es la ‘espada mágica’, símbolo de la fuerza, la ayuda divina y la transmisión del poder.

1. Los símbolos de la realeza

Usualmente, la colectividad humana ha sido gobernada por jefes, aceptándose ese ‘principio de mando’ que Bakunin calificaba de “maléfico”. Según parece, la primitiva y espontánea asamblea delegaría decisiones en el *consejo de ancianos*, suplantados ambos por dirigentes unipersonales, en ciertos momentos electos y en otros, impuestos. Con la organización social en estados, se extendió una forma de gobierno vitalicia y hereditaria, creándose las dinastías. Éstas debieron comenzar con la supremacía de los más fuertes de los guerreros, jefes militares convertidos en dirigentes de las ciudades-estado (“el Estado es el fruto de la guerra”, según Leval 1978: 61). Su poder solía ser ejercido de modo absoluto y

con sustento teocrático: el gobernante lo era “por derecho divino” (ejerciendo como intermediario entre la comunidad y las fuerzas de la naturaleza, hasta pasar a considerarse encarnación del dios protector de la comunidad), y alcanzó el estatus de ‘jerarca’, bajo denominaciones como faraón, *basileus*, khan, emir, jeque, sultán, zar, sah, rey, príncipe... Los griegos designaron esta institución con el término ‘monarquía’ (de *monos*, ‘uno’, y *arche*, ‘poder’). Y para diferenciarse del resto de la sociedad, utilizaron diversos símbolos o insignias para acreditar su dignidad.

1.1. El trono

Se trata del elevado y distante sillón donde solo se pueden sentar los monarcas, y desde el que presiden los ceremoniales públicos. La persona que lo ocupa se identifica con él, hasta el punto que se utilizan los términos “entronizar” y “destronar” para indicar el ascenso a, y la desposesión de, tal categoría de poder. Están lujosamente elaborados (lo que refleja la riqueza del poseedor) y su situación física, en el nivel de lo proxémico indica un estatus superior.



Imagen 5. Trono del faraón Tutankhamon (dinastía XVIII, mediados del siglo XIV a. C.).



Imagen 6. “Sillas de poder” de la prehispánica cultura Manteña (Ecuador).



Imagen 7. “Silla de poder” o duho, cultura Lucayan (Caribe).

1.2. Emblemas

También designados *regalías*, término con dos significados. Por *jura regalía* se conocieron los derechos inherentes y exclusivos del poder soberano. También designa un conjunto de objetos simbólicos de realeza. Cada monarquía posee los suyos, a los que se atribuye un pasado a menudo legendario. Se

conservan como tesoros, a los que se van incorporando elementos. En Francia se custodiaban en la abadía de Saint-Denis, necrópolis de los reyes franceses. En el Sacro Imperio Romano Germánico, el primer inventario conocido de los *regalia* imperiales se remonta al siglo XIII. Junto con la espada, funcionalmente eficaz para la lucha, hay otros dos puramente ceremoniales: la corona y el cetro.

La corona

Quizás el símbolo monárquico más extendido sea la corona, hasta el punto que con esta palabra se suele designar la institución en conjunto. El cristianismo triunfante la interpretaba como la señal o marca de la elección por Dios del soberano, así como de la recompensa que este, de cumplir dignamente con su misión, recibiría del cielo tras su muerte.



Imagen 8. Corona de la reina egipcia Sithathoriounef (dinastía XII, h. 1850 a. C.).



Imagen 9. Corona votiva del rey visigodo Recesvinto.



Imagen 10. Icono de la actual corona del Reino de España (3).

No es un objeto que tenga utilidad para la vida diaria, sino que su uso se restringe a los actos ceremoniales o de gran aparato, de los que es expresivo adorno. El ritual para entronizar un nuevo monarca tiene su núcleo en la *coronación* o imposición de este artilugio sobre su cabeza, significando el nuevo poder adquirido. Sin embargo, la acción de acceder al trono o “coronar” no tiene su contrario en “descoronar”, sino en “destronar”.

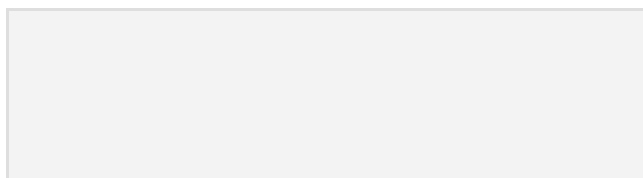




Imagen 11. Coronación de Isabel II de Gran Bretaña (2 junio 1953).



Imagen 12. Foto oficial de Isabel II (Cecil Beaton).



Imagen 13. Coronación del rey Tupou V de Tonga (Islas Fidji, 2008), con asistencia de miembros de familias reales de Japón, Tailandia y Gran Bretaña.

Las coronas (y diademas) tienen forma circular, originalmente hechas con plantas, flores, o metal labrado. Desde hace milenios tuvieron varios usos: en las fiestas primaverales, como alegre adorno; militarmente, para premiar hazañas (el primero en escalar una muralla, abordar un barco...); en las competiciones deportivas, signo de victoria (como las ramas de olivo en las olimpiadas griegas); los romanos distinguían con ramas de laurel a los generales triunfantes.



Imagen 14. Izquierda: Corona de hojas de roble en oro (fines del siglo IV a. C., santuario de Eukleia). Derecha: Corona de hojas y flores de mirto en oro (fines del siglo IV a. C., tumba). Halladas ambas en

Un símbolo del poder y riqueza de los monarcas se encuentra en las tiaras, diademas y cintas frontales de los reyes babilonios y asirios, que eran metálicas y adornadas con piedras preciosas. En el antiguo Egipto, los faraones portaban en la cabeza diferentes tipos de coronas, para indicar el territorio gobernado. El contenido simbólico variaba según sus adornos y tamaño, en correlación con el poder personal.



Imagen 15. Faraón Snofru, fundador de la dinastía IV, divinizado en el Imperio Medio (h. 2100 a. C.). Estela de su templo funerario en Dahsur, portando la corona del Alto y Bajo Egipto y un flagelo.



Imagen 16. Faraón Mentouhoep (dinastía XI, h. 2000 a. C.).

Un uso básico fue ritual, como en la fiesta del dios Mitra, cuando el rey de Persia se embriagaba, con una corona que representaba al sol en la cabeza. (König 1964:921); y el efectuado en el Imperio romano en sus cultos, que asignaban a cada divinidad un árbol determinado, utilizando sus ramas con flores en las fiestas (de vid en las de Baco, laurel en las de Apolo, olivo en las de Minerva, espigas y adormidera en las de Ceres, álamo blanco en las de Hércules). En la Edad Media se impusieron como insignia de soberanía, designándose por *corona* la personalidad jurídica del estado cuyo régimen es monárquico (imperio, realeza, principado). Al mismo tiempo, el cristianismo triunfante representaba a sus santos con doradas “coronas de santidad”, adoptando como modelo icónico el de la mitología solar egipcia.

A fines del Imperio Antiguo (h. 2400 a. C.) Ra, el dios Sol, se había convertido en el dios oficial de los faraones, que se consideraban sus hijos e incluso su reencarnación. Durante la dinastía V fue elevado a deidad nacional y su clero fue el más poderoso. A Ra se le solía representar con el disco solar tras la cabeza, por lo que muchos de los otros dioses sufrieron una solarización, que se consolidó en el Reino Medio, vinculándole luego al dios tebano Amón para convertirse en el todopoderoso Amón-Ra (4).

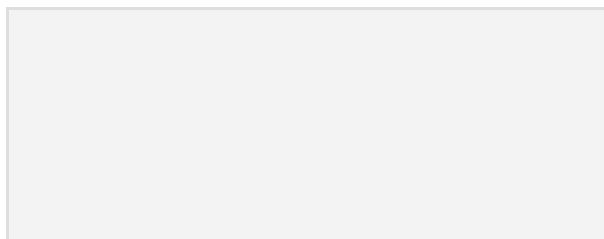




Imagen 17. Ra, con el cetro uas, conduce en su barca solar al difunto.



Imagen 18. La reina Nefertari como diosa Hathor, en Abu Simbel (1264 a. C.) [\(5\)](#).



Imagen 19. Sekhmet, solar diosa de la guerra.



Imagen 20. Gótica Virgen de la Leche (Ramón Mur, 1419).



Imagen 21. Ábside románico de Tahull, todos con corona solar.

El cetro

Otro atributo identificativo de los monarcas es el cetro, especie de bastón de mando y signo de autoridad, generalmente de metales nobles labrados y adornados. Se conectan con las largas varas que utilizan como insignias los prebendados eclesiásticos y los mayordomos de congregaciones, hermandades y cofradías.



Imagen 22. En la cueva del Castillo, Cantabria, se encontró lo que se considera un labrado bastón de mando magdalenense (h. 12000 a. C.).



Imagen 23. Uno de los más antiguos cetros reales, hecho con calcedonia muy pulida, oro y cobre, fue descubierto en la tumba del faraón Khasekhemwy en Abydos (dinastía II, reunificó Egipto). Murió en 2686 a. C , y es el primer monarca egipcio que se conoce mandara esculpir esculturas suyas, y su cámara funeraria se considera la estructura de albañilería más antigua del mundo).

El término *cetno*, que en sentido figurado denota “imperio, dominio, poder” (*Enciclopedia universal Espasa* 1911: tomo XII) proviene del griego *σκεπτρον* (*skeptron*), el palo o bastón que utilizaban las personas mayores para apoyarse al andar. Puede ser universal asociar la idea de autoridad a la de ancianidad, ya que “en los tiempos primitivos los ancianos eran los que ejercían tal función, y de aquí que los cetros pasaran a ser símbolo de autoridad o soberanía. Por esto fue llevado por reyes, jefes militares, jueces, sacerdotes, jefes de tribu, etc. (...) Parece que el nombre y el emblema del cetro tuvieron su origen en el antiguo Egipto, y de allí pasó su empleo a varias naciones de Asia” (*Enciclopedia Britannica*). En el periodo predinástico de Egipto, en un contexto funerario el cetro *uas* indicaba la potencia divina que el fallecido necesitaba para “la otra vida”, y se puede entroncar con otros largos bastones (a veces descritos como cayado de pastor para conducir el ganado) convertidos en signos de poder, asociados con los dioses y el faraón.



Imagen 24. El faraón



Imagen 25. Cabeza de



Imagen 26. Máscara funeraria del faraón

Horemheb ante la diosa Hathor (6).

etro uas.

Tutankhamon (1352 a. C.) que porta el cetro uas (tumba de Horemheb, dinastía XVIII, murió en 1295 a. C.).

Los gobernantes de la Edad de Bronce en Mesopotamia no suelen representarse con cetros, pero en algunas ocasiones aparecen armados, con arco y flecha y a veces una maza. El posterior uso de una vara o bastón como representación de la autoridad entre los soberanos asiáticos (de oro entre los persas) se impuso en la Grecia antigua, donde el cetro era símbolo de poder de un dios, consistente en una larga vara rematada con una figura de metal, usada como bastón ceremonial por los ancianos más respetados. Tales figuras a veces eran de la fruta del pino, símbolo de la vida eterna. En cuanto a los rituales dionisiacos, las bacantes portaban *tirsos*, una especie de lanza recubierta de hojas de parra y yedra, con propiedades mágicas.



Imagen 27. La diosa Hera sentada en su trono con un cetro (h. 500-475 a. C.).



Imagen 28. Altorrelieve romano con Baco portando un tirso.

Entre los etruscos, se usaban cetros de oro muy ornamentados. De ellos debieron derivar los cetros romanos (del latín *sceptrum*). Parece que el primer rey que los usó fue Tarquino el Soberbio (una estatua de Júpiter colocada por dicho soberano en el Capitolio, tenía vestiduras de púrpura, diadema y un cetro en la mano). Luego se impuso como insignia a las estatuas de dioses, siendo largos y llamados *hasta*. Durante la República, un cetro de marfil marcaba el rango de cónsul. Lo usaban los victoriosos generales que recibían el título de *imperator*, y también simbolizaba la delegación de su autoridad. Durante el Imperio, el *sceptrum Augusti* era especialmente usado por los emperadores, a menudo de oro o plata rematado por un águila.

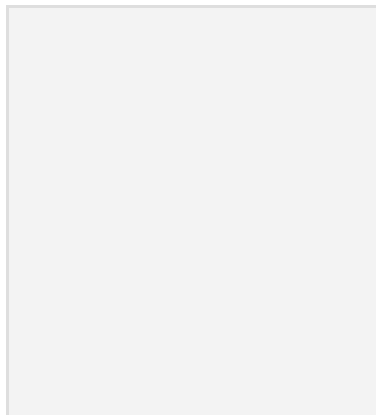




Imagen 29. Emperador César Augusto (siglo I).

En medallones del Bajo Imperio aparece representado el emperador llevándolo en una mano, mientras en la otra porta un orbe con una figurita de la Victoria encima (7).



Imagen 30. Moneda de la época de Magno Maximo (h. 386 d. C.).

El cristianismo adoptó el cetro con su significado usual. Tras Constantino, al cetro imperial se le colocó como símbolo una cruz en vez del águila. Entre los emperadores bizantinos, el cetro terminaba en un globo (el mundo) rematado por la cruz de Cristo, representando al imperio defendido por el soberano, garante de los valores y virtudes del cristianismo. En España, según Moliner (1889) fue el visigodo Leovigildo el primer monarca que lo usó, presentándose con él en las audiencias públicas. Hasta el siglo XIV, en Europa la autoridad real se solía representar con un cetro con una flor de lis que el monarca portaba en su mano izquierda. Más adelante, llegaría a ser el bastón de mando de los mariscales.

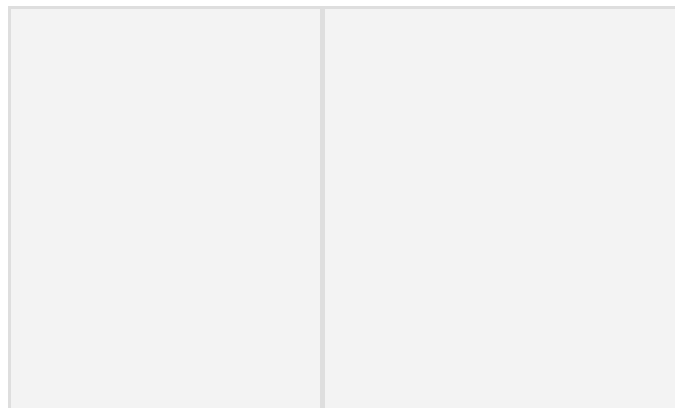




Imagen 31. Naipe del tarot con el Emperador.



Imagen 32. Cetro de Carlos V Valois figurando a Carlomagno (1364).



Imagen 33. Rey franco Hugo Capeto (siglo X).



Imagen 34. Corona y cetro de Isabel la Católica (fines del siglo XV).

Un cruel reverso burlesco de estos símbolos se encuentra en un episodio de la pasión de Jesús, la ‘coronación de espinas’, cuya más completa descripción corresponde al evangelista Mateo: Acusado Jesús de proclamarse “rey de los judíos”, los soldados del procurador Pilato le llevaron al pretorio, y allí “lo desnudaron, le vistieron una túnica de púrpura, trenzaron una corona de espinas y se la pusieron en la

cabeza, y una caña en su mano derecha; y arrodillándose delante, se burlaban de él, diciendo: '¡Salve, rey de los judíos!' [y] después que se mofaron de él (...) lo llevaron a crucificar" (Mateo 27, 27-31) (8).

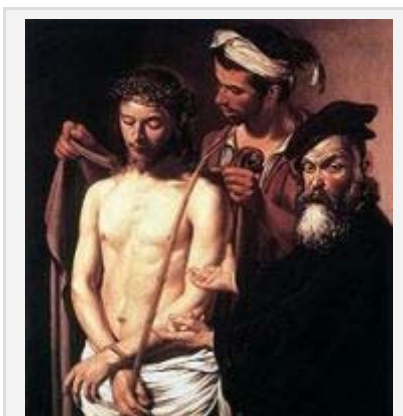


Imagen 35. Ecce homo de Caravaggio (1605).

2. La función simbólica

El antropólogo Leslie White (1940) llamó a los seres humanos “animales simbolizantes”, y es innegable el papel que ocupan los símbolos en la psicología, la literatura y el arte. Dado que los símbolos son culturalmente dependientes para su viabilidad e interpretación, para abordar su vasta y compleja problemática, se puede partir de uno de los fundadores de la semiótica, Charles Peirce, quien sostuvo en 1895 que los signos se dividen en los órdenes del *icono* (representación por semejanza); del *símbolo* (representación por convención general); y del *índice* (representación por contigüidad física del signo con su referente), que en este caso está dotado de un valor absolutamente singular o particular, puesto que está determinado únicamente por su referente, y solo por este: es la huella de una realidad, como son “las fotografías instantáneas” (Peirce 1978: 138-165).

En ese mismo 1895, Sigmund Freud tuvo un enigmático sueño, que al tratar de entenderlo le llevaría a formular las bases del psicoanálisis con su libro *La interpretación de los sueños*, donde los define como “realizaciones (disfrazadas) de un deseo (suprimido, reprimido)”, tras comenzar con estas palabras: “En las páginas que siguen aportaré la demostración de la existencia de una técnica psicológica que permite interpretar los sueños, y merced a la cual se revela cada uno de ellos como un producto psíquico pleno de sentido” (Freud 1988: 349). En términos actuales, los sueños serían *estructuras significativas*. A la hora de proceder a la interpretación de un elemento onírico, admite que le sobrevienen serias dudas: si debe ser tomado en sentido positivo o negativo (relación antinómica); si debe ser interpretado históricamente (como reminiscencia) o en su sentido literal; y, por último, respecto al problema de los símbolos:

“En la interpretación simbólica, la clave de la simbolización es elegida por el interpretador, mientras que en nuestros casos de disfraz idiomático, son tales claves generalmente conocidas y aparecen dadas por una fija costumbre del lenguaje (...) Este vaciado del contenido ideológico en otra forma distinta puede también ponerse simultáneamente al servicio de la labor de condensación y crear conexiones, que de otro modo no existirían, con una idea diferente, la cual puede a su vez haber cambiado su forma expresiva en favor del mismo propósito (...) No olvidemos que el simbolismo sexual puede ocultarse, mejor que en ningún otro lado, detrás de lo cotidiano e insignificante (...) Pero hemos de observar que este simbolismo no pertenece exclusivamente al sueño, sino que es característico del representar inconsciente, en especial del popular, y se nos muestra en el folclore, los mitos, las fábulas, los modismos, los proverbios y los chistes corrientes de un pueblo, mucho más amplia y completamente aún

que en el sueño” (Freud 1988: 554-557).

Sin embargo, en su elaboración teórica Freud asignó a los símbolos: “un papel solo marginal [pero] el carácter puramente mecánico de la interpretación de los símbolos nunca dejó de preocuparle. [Además] pensaba que ningún sueño puede ser objeto de una interpretación que lo agote; la textura de sus asociaciones es demasiado rica, sus mecanismos son demasiado astutos como para permitir que los enigmas que plantea queden clarificados por completo” (Gay 1990: 144-147).

De todo lo anterior se desprende el papel que ocupa el inconsciente en la comunicación a través de la imagen. Admitiendo que el aparato simbólico del discurso se refiere al fondo inconsciente, a lo reprimido por las prohibiciones sociales y culturales, sus formas expresivas son artimañas que permiten transmitir, más allá del sentido *manifiesto* (explícito) de una escena, de un relato, de un objeto, un sentido *latente* (implícito).

Un paso trascendental para el estudio de los símbolos es aportado por la iconología, disciplina que se define como ‘ciencia de la interpretación de los contenidos simbólicos de las imágenes’. Han sido los miembros de la Escuela de Warburg los que desarrollaron esta nueva ciencia, y especialmente fue Erwin Panofsky quien mejor sistematizó el *método iconográfico* para el estudio de las imágenes artísticas, así como llevó a su cumbre la *iconología*. Para este autor eran cruciales las conexiones (tanto en estilos como en significaciones) entre categorías formales y la matización que comportan en el pensamiento coetáneo. Y todo testimonio humano tiene que ser situado en el tiempo y en el espacio concreto en los que se produce.

En su propuesta metodológica destacan tres fases analíticas: a partir de las formas puras, cuya correcta identificación es tarea de la descripción pre-iconográfica, se deben descubrir los *motivos* artísticos (*contenido temático primario*), que al relacionarse y combinarse entre sí van a expresar *temas* o *conceptos* que deben ser identificados por el análisis iconográfico estricto (constituyendo el *contenido temático secundario*, pudiendo los ‘motivos’ portadores de este significado ser llamados *imágenes*, y sus combinaciones, *historias* y *alegorías*), hasta llegar al descubrimiento e interpretación de los *valores simbólicos* transmitidos por las imágenes (interpretación que requiere cierta ‘intuición sintética’ y es el objetivo de la iconografía en su sentido más profundo, lo que constituiría la *síntesis iconográfica*). Todo esto, teniendo en cuenta los sutiles cambios que cada época va aportando a la interpretación de los motivos y temas (Panofsky 1992: 13-37).

Las claves ideológicas presentes en las estructuras simbólicas son objeto de estudio de la sociología histórica. Así, trasladando a los objetos simbólicos lo que Sorlin dice respecto al cine: no son una duplicación de la realidad, sino parte de una *puesta en escena social*; son una retraducción imaginaria del medio social del que han salido, que refleja jerarquías y valores (Sorlin 1985: 50 y 169).

Por otro lado, tienen gran interés los estudios de simbología comparada. Uno muy revelador es el que Grimes efectuó sobre los ‘rituales públicos’ -religiosos y teatrales- de los habitantes de Santa Fe (Nuevo México), para probar “cómo las actividades religiosas y teatrales están sistemáticamente ligadas a los símbolos étnicos y civiles en un escenario moderno, urbano e interétnico” (Grimes 1981: 13). Luego le atribuye un carácter de ‘sistema de símbolos’: (las relaciones que mantienen los símbolos entre si y con los elementos no simbólicos) de tipo público que constituyen la fiesta y los rituales de la Conquistadora de Santa Fe, aborda una determinada dificultad:

“Tratar a un grupo de símbolos como sistemas de formas y significados no carece de problemas. El mayor reside en saber si los símbolos se comprenden mejor sistemáticamente, en términos de sus relaciones contemporáneas o cronológicamente, en términos de su desarrollo histórico. En otras palabras, ¿debemos tratar estos símbolos como constituyentes de un sistema de símbolos o como un proceso ritual?... Mi idea es tratar el ciclo del ritual público como un sistema en evolución” (Grimes 1981: 37).

En 1954 Max Gluckman describió interesantes aspectos del ritual en su funcionalista estudio de los ritos reales swazi. Puesto que de símbolos se trata, recordemos que en la década 1970-1980 (a partir de Geertz y la Universidad de Chicago) se fue configurando entre los antropólogos una formulación teórica sobre el papel que juegan los símbolos -religiosos, míticos, artísticos, étnicos, políticos, económicos, de identificación grupal- en los procesos sociales y culturales. Nombrada *antropología simbólica* o *interpretativa*, ha originado “fructíferas líneas de investigación antropológica, como el estudio detallado de los géneros públicos de metacomunicación” (Victor Turner, en el prólogo a Grimes 1981: 10-11). Para Turner (1980), todo ritual es un sistema de significados. Y para explicar un símbolo particular hay que examinar primero el contexto más amplio del que el mismo ritual es simplemente una fase.

Finalmente, a la pregunta crucial de ¿cómo se crean los significados?, la antropología visual ofrece su aportación sobre los *mecanismos de representación*, tras considerar ‘imagen antropológica’ aquella de la que un antropólogo pueda obtener informaciones visuales útiles y significativas; y que “los objetos icónicos son productos culturales asequibles como *artefactos*, por lo que se deben analizar por igual su forma, uso, motivo y significado. Sin olvidar ubicarlos dentro de sus redes temporales y espaciales de conexiones culturales” (Brisset 2011b: 79). Apliquemos estos principios teóricos a los ritos por los que se accede al poder monárquico.

3. Las coronaciones

Por “coronación” se entiende la ceremonia por la que los soberanos inauguran su mandato. Consiste en atribuir el poder monárquico, al imponerle al nuevo soberano una corona y presentarle otros objetos simbólicos de ‘realeza’, que representan visualmente tal estatus. Este rito también suele incluir juramentos y actos de homenaje. Habiendo sido un ritual básico en los estados medievales, con los cambios socio-políticos ha ido perdiendo su carácter simbólico, aunque siga perpetuándose en Gran Bretaña, Tonga y varios países asiáticos. En este ritual es apreciable una doble operación política: por un lado, se expresa “la cohesión entre los gobernados que manifiestan su apego a unos valores, a unos símbolos y a una historia común; por otro, la reafirmación de la aceptación colectiva del poder establecido y de los que lo encarnan” (Abélès 1977:8).

En el antiguo imperio egipcio: se conservan representaciones de coronación, como la de Seti I (padre de Ramsés II) en 1290 a. C.



Imagen 36. Un relieve del templo de Abidos (dinastía XIX, 1317 a. C.) muestra al faraón Seti I en el trono en su coronación, portando los cetros del cayado y el flagelo (símbolos de la realeza) y sosteniendo entre diosas la corona de Atef.

El emperador de Roma: primero era elegido por el Senado, y luego aceptado o reconocido en el Campo de Marte por el pueblo y las legiones con aclamaciones que seguían un ritual fijo. La diadema, de origen oriental, parece que fue introducida por Aurelio, y usada habitualmente por Constantino.

En la Europa precristiana: el rey o gobernante era elegido al subirlo a un escudo, soportado por los principales de la tribu o nación, en medio de la asamblea comunitaria. Luego le entregaban una lanza y le ataban a la frente una diadema o rica banda de seda o lino, como signo de autoridad real. Con la cristianización, se añadió un servicio religioso de bendición.

El emperador de Bizancio: con León I (año 457) se elabora un rito de la coronación con sentido religioso. Constantino VII Porfirogéneta, a quien debemos muchos conocimientos sobre los ceremoniales bizantinos, lo describe así:



Imagen 37. Coronación de Constantino VII (h. 945 d. C.).

El nuevo emperador, acompañado por los altos dignatarios, subió a un estrado en el hipódromo, donde fue aclamado por la multitud, mientras le imponían las vestiduras imperiales, la diadema, el escudo y la lanza. Luego fue acogido con la fórmula ritual. Siglos después, a fines del X, el rito se iniciaba en la catedral de Santa Sofía con preces a cargo del patriarca, quien colocaba la corona y la capa pluvial de color púrpura al emperador, que luego se sentaba en un trono con cetros y estandartes a los lados, para recibir el homenaje de los dignatarios que le besaban las rodillas (9).

El más antiguo de los rituales conocidos para la coronar reyes en Occidente, está en el *pontifical* de Egbert, arzobispo de York a mediados del siglo VIII. La ceremonia se intercala en la misa, con bendiciones, himnos, untar óleo al rey, entregarle un cetro, un bastón (*báculus*) y un casco, y besos como signo de homenaje y vasallaje” (*Encyclopedia Britannica* 1911: <http://www.1911encyclopedia.org/Coronation>).

3.1. Coronación de Carlomagno

La coronación imperial de Carlomagno es uno de los grandes acontecimientos políticos del Medioevo y uno de los mayores mitos político-religiosos de Occidente. A finales del siglo VIII, Europa estaba dividida entre tres grandes poderes: el papa, jefe de la Iglesia católica; el emperador de Constantinopla; y el rey de los francos y lombardos (Carlos I el Grande o Carlomagno). El papa León III fue depuesto por una conjura de nobles romanos, y pidió ayuda a Carlomagno, quien le repuso en la dignidad pontificia. En

prueba de gratitud, el papa decidió coronarlo emperador en Roma, donde los antiguos césares habían tenido la costumbre de coronarse. Este acto de imposición del título imperial tuvo lugar en la basílica de San Pedro en la noche de Navidad del año 800, constituyendo la fundación del Sacro Imperio Romano. Los intelectuales carolingios trataron de vincular la imagen de Carlomagno más con la de Constantino, primer emperador cristiano, que con la de Augusto. También se creó un precedente: el de la coronación por el papa como condición obligatoria para que la dignidad imperial fuera efectiva, además que la unción sacramental concedía al monarca una suerte de poder sobrenatural, convirtiéndolo en guía de la cristiandad y cabeza de la Iglesia.



Imagen 38. Coronación de Carlomagno.



Imagen 39. Corona de hierro de Carlomagno.

Las principales fuentes documentales directas de la coronación de Carlomagno son dos. El relato oficial franco, los *Annales regni francorum* (año 801), según los cuales el día de Navidad, en el momento de la misa, León III impuso la corona imperial sobre la cabeza de Carlos, siendo aclamado por el pueblo como *augusto, grande y pacífico emperador romano*. Por otra parte está el *Liber pontificalis*, versión romana de los hechos, que añade que, tras la aclamación popular, el papa ungió con el óleo santo al rey. El título y la aclamación del pueblo romano indican que se sigue al rito de la coronación imperial al uso en el imperio cristiano antiguo (10).

3.2. Coronación de Napoleón

Alcanzada la cima del poder absoluto, para consagrarlo e instaurar una dinastía, Napoleón Bonaparte decidió coronarse emperador, recuperando los *hombres* del último emperador reinante en Francia, Carlomagno, como vínculo con el más ilustre pasado de la nación. La ceremonia de coronación se llevó a cabo el 2-XII-1804 en la catedral *Nôtre Dame* de París, con la asistencia del papa Pío VII, aunque Napoleón se ciñó la corona a sí mismo y después la impuso a Josefina, convirtiéndola en emperatriz.

Así, revestido con el manto imperial (basado en el de los reyes Carolingios) portó los dos cetros que

empleaban los reyes francos: el más largo representa al bastón de Moisés, el del buen pastor que guía a su pueblo: “Cetro de rectitud y regla de la virtud, para conduciros bien, vos mismo y a la santa Iglesia y el pueblo cristiano que os es confiado”, le precisaría Pío VII; el corto, “la mano de justicia”, es una mano de marfil bendiciendo, que alude a la potestad religiosa y al poder del soberano de juzgar y hacer justicia, y tal como le indica Pío VII: “Amar la justicia y detestar la iniquidad, pues es para semejante fin que Dios os ha consagrado emperador”.



Imagen 40. Napoleón en su trono imperial (Ingres, 1806).



Imagen 41. Mano de la Justicia.



Imagen 42. La Joyeuse de Carlomagno, restaurada.

Otro elemento resaltante en este ceremonial de consagración fue la espada *Joyeuse* de Carlomagno, restaurada para esta ocasión. “Dignaos recordar que esta espada bendecida por nuestro ministerio está destinada por Dios para la defensa de la santa Iglesia; [para] que reparéis los desórdenes y conservéis lo que está sabiamente establecido. Tomad esta espada, disponeos al combate, y recordad que los santos triunfaron sobre las potencias de este mundo, no por la espada sino por la fe”, le diría Pío VII (Garzón-Sobrado 2004).

4. Coronaciones hispánicas

Cada uno de los reinos cristianos peninsulares tuvo diferentes ceremonias de coronación: proclamación o jura al comienzo de los reinados, o como reconocimiento de cada uno de los diferentes territorios que los componían. En la época visigoda, la corona se colgaba del techo o de un baldaquino, encima del monarca. Para el caso de los territorios vascos y del reino de Navarra, el rey o reina era alzado sobre un escudo por los ricoshombres.

4.1. Consagración de los reyes de Aragón

La consagración, coronación, bendición y ordenación de reyes era uno de los “otros sacramentos”, no instituidos por Jesucristo y no necesarios para la salvación. Siguiendo a Gudiol, “en virtud de este rito litúrgico, el rey se inscribía en el clero como partícipe del ministerio episcopal. Las partes sustanciales del rito con sus respectivas fórmulas sacramentales eran la *unctio* con óleo crismal, la *impositio coronae* o coronación y la colocación de las insignias reales: la *virga* o cetro y el *pomum* o globo de oro. Se completaba la ceremonia con la *assignatio solii* o entronización. Acción previa al sacramental era la investidura de caballería, con la bendición y entrega de la espada al rey”.

El pontifical de la curia romana es el libro litúrgico que reúne las celebraciones o conjunto de rituales que preside el “sumo pontífice” de la cristiandad. El *Pontifical romano* del siglo XII contemplaba la coronación del emperador. Siguiendo sus normas, Pedro II fue el primero de los reyes de Aragón ungido y coronado. Un documento papal del 10-XI-1204, bajo la rúbrica *Ordo coronationis Petri regis Aragonum* describe la celebración del rito. Pedro acudió a Roma, y en el monasterio de san Pancracio fue armado caballero y coronado rey por manos del papa Inocencio III, quien le impuso las insignias reales: el manto y la esclavina púrpuras de los emperadores bizantinos, el cetro, el globo, la corona y la mitra. Una segunda parte de la ceremonia, la investidura de caballería, se realizó en la basílica de San Pedro: el rey depositó el cetro y la corona sobre el altar mayor y el papa Inocencio III le colocó la espada. Seguidamente, Pedro II prestó sobre los evangelios juramento de fidelidad y obediencia al papa y de defender la libertad e inmunidad de las iglesias, declarando así su reino feudatario de la santa sede. Al año siguiente, Inocencio III concedió a Pedro II que sus sucesores fueran coronados en la catedral de Zaragoza por el arzobispo de Tarragona.

El *Pontifical romano* fue renovado en el siglo XIII, añadiendo la coronación de reyes (que antes hubieran sido elegidos), acudiendo los obispos a la ciudad de mayor dignidad en cada reino, “como son Roma en el Imperio, Constantinopla en Grecia, Viena en Borgoña, Narbona en Gotia, Reims en Francia y semejantemente en los demás reinos”. En el archivo de la catedral de Huesca se conserva un manuscrito en pergamino que contiene los textos propios de las acciones litúrgicas correspondientes al obispo, y aunque se ajustaba al *ordo* del *Pontifical romano* del siglo XIII, adaptaba el rito de la coronación real, con unas alocuciones que aclaran los significados de las acciones, por lo que merece traerlo aquí, en la traducción de Gudiol.

‘Liturgia de la coronación’ según el *pontifical* de la catedral de Huesca: *De la bendición de reyes* (fol. 60-65v). La semana anterior a la coronación, el electo ayunará tres días. El domingo, bien compuesto y lavado todo su cuerpo, vestirá túnica, dalmática nueva, limpia y blanca y encima esclavina púrpura bordada en oro. Cuando llegue a la iglesia mayor, será proclamado y el arzobispo entonará el *Te Deum*. Investidura de caballería Antes de la misa mayor, cuando el electo haya oído una misa privada, el arzobispo bendice la espada y se la entrega. En la coronación todos los obispos sostienen en sus manos la corona y cogiéndola el arzobispo, la impone al rey diciendo: “Recibe, pues, la corona del reino (...) Entiende que ella significa gloria, honor y fortaleza y no olvides que te hace partícipe de nuestro ministerio episcopal.” Consagración. Terminada la misa mayor, tome el arzobispo el óleo santificado y con él haga una cruz en el hombro derecho del rey, diciendo: “Yo te unjo rey en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”. Añade después esta oración: “Jesucristo, Dios hijo de Dios y señor nuestro, que fue ungido por el Padre con óleo de exultación antes que nadie, por esta sagrada unción

infunde en tu cabeza la bendición del Espíritu Santo y la haga penetrar hasta tu corazón (...) y, después de tu reinado temporal en la justicia, reines eternamente con el que es rey de reyes sin conocer el pecado”. Entrega del cetro. A continuación se entrega el cetro al rey: “Toma el cetro de fortaleza y equidad. Entiende que significa que has de encomiar a los virtuosos, atemorizar a los réprobos, encaminar a los errantes, levantar a los caídos, humillar a los soberbios y aliviar a los pobres. Te abra la puerta nuestro señor Jesucristo, que dice de sí mismo ‘Yo soy la puerta, el que entrare por mí se salvará’ (Juan 10, 9). ‘Él tiene la llave de David y el cetro de Israel: si él abre, nadie puede cerrar, si él cierra, nadie puede abrir’ (Apocalipsis 3, 7)”. Bendición del anillo. Se bendice el anillo y dándolo al rey, diga el obispo: “Toma el anillo de dignidad y reconóctete por él signo de la fe católica”. Entronización. Después, mientras se canta el responsorio y el aleluya, el arzobispo acompaña al rey al lugar que se le habrá preparado -trono-, donde le entrega el globo, diciendo: “Toma el pomo en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”. Seguidamente le dirige esta alocución: “Ocupa y conserva el lugar que te destina Dios y por su autoridad te designamos nosotros, todos los obispos y los demás siervos de Dios. Acuérdate de honrar con preferencia a la clerecía que ves más cerca de los altares en sitios adecuados, para que, mediador entre Dios y los hombres, te confirme entre el clero y el pueblo en este trono del reino y te conceda reinar eternamente con Jesucristo, nuestro señor, rey de reyes y señor de señores, que vive y reina con Dios Padre y con el Espíritu Santo”. Y se termina bendiciéndole.

Debido a enfrentamientos entre el papado y la corona aragonesa, cuando Pedro III fue coronado en 1276, decidió alterar el contenido del *Pontifical romano*: el papel del arzobispo se redujo a la unción sagrada y el rey se arrogó el derecho a autocoronarse y a tomar por sí mismo las insignias reales, con el fin de manifestar que no se consagraba ni coronaba a título de vasallo de la santa sede. En similar línea, Alfonso IV estructuró en 1328 un nuevo *ordo coronationis* del rey de Aragón, que officiarían los arzobispos de Zaragoza.

4.2. Coronación de los reyes de Castilla

Hasta Juan I (1379), las coronaciones castellanas tenían lugar en Toledo, entregando al monarca la espada real, el cetro, la corona y la manzana de oro, antes de recibir su unción. A partir de entonces, el nuevo monarca era proclamado por las Cortes, ante las que debía pronunciar solemne juramento.

Un episodio de gran simbolismo fue la *Farsa de Ávila*: el 5-VI-1465, reunidas las Cortes de Castilla, la mayoría de los nobles castellanos (opuestos al poder real) alzaron por nuevo rey al príncipe don Alonso, de once años, “formando un teatro en una llanura cerca de Ávila, donde colocaron la estatua de [su hermano el] Rey Enrique IV coronada y cubierta de luto, sentada en una silla con todas las insignias reales. Luego leyeron un manifiesto en que señaladamente le acusaban de quatro cosas: por la primera (decían) merecía perder la dignidad real, y entonces el arzobispo de Toledo le quitó la corona de la cabeza; por la segunda merecía perder la administración de justicia, y el conde de Plasencia le quitó el estoque; por la tercera merecía perder el gobierno del Reyno, y el conde de Benavente le quitó el bastón que tenía en la mano; y por la última merecía perder el trono y reverencia real, y Diego López de Zúñiga le derribó con ignominia del trono. Hecho esto los Grandes que ya habían conducido a aquel parage al infante don Alonso, le colocaron en el trono real, y en altas voces aclamaron: ‘Castilla, Castilla por el fiel don Alonso’, ceremonia usada en las proclamaciones de los reyes. A esta espantosa escena se siguieron todos los horrores de las guerras civiles que hicieron funestos estragos en Castilla. Refiere este hecho puntualmente Enrique del Castillo, *Crónica de Don Enrique IV*, cap. 74, “La efigie del depuesto rey fue luego quemada” (Pulgar 1780: 3).

Tras los funerales de Enrique IV en Segovia, el 13-XII-1474, su hermana Isabel cambió de ropa, se quitó la sarga blanca de luto y se puso otras galas más ricas “con joyas de oro y piedras preciosas que realizaban su peregrina hermosura” y sobre el cadalso de madera que se había construido en el atrio de la iglesia de San Miguel y con Isabel sentada en su silla real, estando presente el nuncio del papa, muchos nobles y religiosos, fue jurada como reina señora de los reinos de Castilla y León. La ciudad le

pidió que jurara, y ella así lo hizo con la derecha sobre la Biblia y por la señal de la cruz, ser obediente a los mandamientos de la santa Iglesia [y] guardar los privilegios, libertades y exenciones que tienen los hidalgos y las ciudades y villas, al igual que lo habían hecho sus predecesores. Luego el corregidor y alcaldes, en señal de reconocimiento de señorío le entregaron las varas de justicia (o bastones de mando) de la ciudad [luego el] alcaide y tenedor del Alcázar y de las puertas de la ciudad, le entregó a Isabel todo por ser ella la legítima heredera. La reina pidió que se recogiera todo por escrito, y así lo hizo el escribano Pedro García de la Torre. Tras vocear los portadores de los pendones de la reina la fórmula de la proclamación: “¡Castilla, Castilla, Castilla, por la muy alta e muy poderosa princesa e Señora, nuestra Señora la reyna doña Isabel”, la reina descendió del cadalso y entró en San Miguel para rezar ante el altar mayor, tomó en sus manos el pendón real, colocado en una lanza, y lo ofreció Dios en las manos de un clérigo que estaba en el altar”.

4.3. Coronación de Carlos V

Carlos de Habsburgo, siendo rey de Aragón, consiguió que los príncipes electores germanos le designasen Sacro Emperador Romano para suceder a su abuelo Maximiliano. El acceso a esta dignidad comportaba tres coronaciones sucesivas. La primera como rey de romanos, en la capilla palatina de Aquisgrán, donde se le imponía la corona de Carlomagno y se le entregaba su espada, junto con los otros signos distintivos: anillo, orbe y cetro. Esta ceremonia tuvo lugar en 1520, y a continuación se debía proceder a las otras dos coronaciones en San Pedro del Vaticano, pero la situación política lo impidió, al haberse aliado el papa con su enemigo el rey de Francia. Sellada la paz con el papa Clemente VII (Julio de Médicis), eligieron un lugar neutral para la ceremonia: Bolonia. Y allí, en febrero de 1530 se le impusieron la corona de hierro que le instituía rey de Lombardía y la de los césares, que significaba la raíz romana de la dignidad imperial. En solemnísima ceremonia, y procediendo así por última vez, un papa expresaba el pacto entre Iglesia y Sacro Imperio, coronando al emperador. Cantada la epístola, el pontífice le entregó la espada, al tiempo que pronunciaba las palabras rituales por las que Carlos se comprometía a “vencer y quebrantar a los enemigos del Dios de Israel”. A continuación, el papa le impuso las demás insignias de su dignidad, el cetro, la bola del mundo y, finalmente, la corona imperial, que esta vez tenía forma de mitra pontificia.

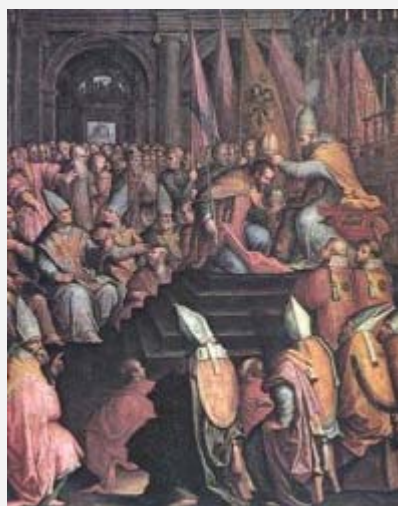


Imagen 43. La ceremonia en un fresco del palacio viejo de los Médicis en Florencia, por Giorgio Vasari (h. 1560).



Imagen 44. En un plato esmaltado de la época.

4.4. Coronación de Juan Carlos I

En su testamento, Franco nombraba sucesor al príncipe Juan Carlos de Borbón y Borbón, causando la III Restauración Borbónica (11). El 22-XI-1975 las Cortes y el Consejo del Reino en sesión conjunta, cumpliendo la ley de sucesión de 1947 y el ritual castellano (sin pendones), le proclamaron rey de España, en un acto centrado en jurar ante los evangelios cumplir las Leyes Fundamentales y ser leal a los Principios del Movimiento Nacional, tras el que tuvo lugar la interpretación del himno nacional y un discurso. El nuevo rey lucía en su uniforme militar el distintivo de capitán general, rango que le había sido conferido horas antes por el Consejo de Regencia, y ostentaba la venera del Toisón de Oro. En primer término del estrado se colocó una mesilla o escabel con un cojín soportando la corona y el cetro o bastón de mando (custodiados en el palacio de Oriente) y el crucifijo de plata del despacho del presidente de la cámara.



Imagen 45. El juramento ante el trono.



Imagen 46. Corona y cetro, a los pies.

Desde Isabel II de España, las mismas joyas han presidido las juras en las Cortes: la *corona tumular de los reyes de España*, cincelada en plata sobredorada por orden de Carlos III para el funeral de Isabel de Farnesio, viuda de Felipe V (1766), que tiene un valor más simbólico que económico; y el cetro (labrado en oro, esmaltes, rubíes y cristal de roca) que para unas fuentes fue un regalo a Felipe II de su primo el emperador Rodolfo II, mientras que para otras es un bastón de mando del siglo XVII de origen ruso regalado a Carlos II. Cinco días más tarde, una ceremonia religiosa consagró la ascensión al trono del rey Juan Carlos I: la misa del Espíritu Santo o de entronización, en la iglesia de San Jerónimo el Real, adonde entró y salió bajo palio.

Crónica oficial:

<http://www.fororeal.net/30aniv2.htm>

Vídeo:

http://www.youtube.com/watch?v=Jic74x8Ci1M&feature=player_embedded

Aunque en esta ceremonia la corona tuviera un rol pasivo, en el rito matrimonial efectuado cuando era príncipe heredero, tuvo activa presencia esa corona que transfiere simbólicamente el poder del invicto Sol.

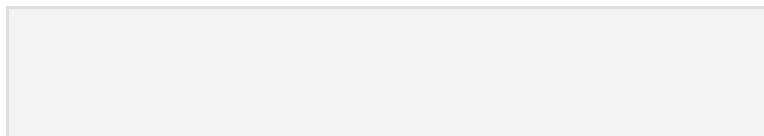




Imagen 47. Boda del príncipe Juan Carlos de Borbón con la princesa Sofía de Grecia, en Atenas, el 14 de mayo de 1962.

5. Los retratos reales en España

Los diferentes monarcas que rigieron el imperio español hasta el siglo XVIII, han compartido simbología al eternizarse icónicamente ante sus súbditos. En sus retratos oficiales, se les suele representar vistiendo armadura y bastón de mando, a menudo a caballo y con el toisón de oro al cuello. Veamos su repetida simbología.

5.1. Con el Toisón de Oro

Un distintivo de poder muy relevante en Europa es portar el collar de la orden del Toisón de Oro, al que aspiraban tanto monarcas como nobles. Se trata de una orden caballeresca creada en 1430 en Brujas por Felipe III el Bueno, duque de Borgoña. Los sucesivos duques serían los soberanos de la orden y deberían nombrar un número limitado de caballeros (60), sin carácter hereditario, conforme a unos rigurosos estatutos basados en los ideales caballerescos medievales que la casa de Borgoña trataba de exaltar.



Imagen 48. Armorial de la orden (inicios del siglo XVI).



Imagen 49. Collar actual del Toisón de Oro.

El toisón o vellocino aparece en la mitología grecorromana como la piel de un carnero alado cuya lana era de oro, que colgaba de un árbol en la Cólquide y era custodiada por dos fieros toros y un dragón. Simbolizando la realeza, tras múltiples aventuras el argonauta Jasón lo raptó, para que le permitiera su legítimo acceso al trono de Yolcos. Por otro lado, en la Biblia, el libro de los Jueces cuenta la historia de Gedeón, quien destruyó un altar a Baal para sustituirlo por otro a Yahveh, y este le auguró sería el liberador de Israel si el rocío cubría solo la piel de un vellocino que extendiese en el suelo, lo que así sucedió. Para terminar con los vínculos simbólicos, también se relaciona este “cordero sacrificado” con la imagen de Cristo como “cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”, como hace Calderón de la Barca en varios de sus autos sacramentales, calificando a Cristo como nuevo Jasón que rescata la humanidad.

Por el matrimonio de la heredera borgoñona con el emperador Maximiliano I, la jefatura pasó a la casa de Austria, alcanzando su máximo esplendor con su nieto Carlos V. La pertenencia a esta orden generó un especial tipo de retrato cortesano “a la borgoñona”, donde se les mostraba vestidos de oscuro y resaltando en su pecho el collar con el colgante del vellocino de oro. Pero los jefes de la orden también gustaron retratarse con armadura, grabados los signos sobre el metal, que daría pie a otro estilo iconográfico, como veremos luego.

Tras la guerra de Sucesión, la soberanía de la orden se dividió entre la dinastía borbónica española y los derrotados Habsburgo austríacos, conviviendo separados desde 1712. En el caso de la rama española, Isabel II fue la primera mujer en ostentar la jefatura, y actualmente los nombramientos los concede el rey Juan Carlos (caballero número 1175 y XXI jefe de la orden), contando con mujeres desde su concesión a la reina Beatriz I de Holanda en 1985. Hoy día solo lo poseen cinco españoles: el mismo rey, el príncipe Felipe, el duque de Suárez, Javier Solana y Víctor García de la Concha. El más reciente miembro de la orden fue el presidente francés Sarkozy (2011), caballero número 1199.

5.2. Con el bastón de mando

Ahora nos vamos a centrar en la implantación iconográfica en el retratismo monárquico del bastón de mando o ‘bengala’, que según el diccionario de la RAE es una “insignia antigua de mando militar a modo de cetro o bastón”, nombre que proviene del persa *bangāle*. Ahora veremos su presencia en destacados ejemplos pictóricos. Esta tendencia se había iniciado con Carlos V, cuando encarga un retrato a Tiziano en 1548, en conmemoración de su reciente victoria de Mühlberg sobre los príncipes alemanes de la Liga de Smalkalda. Para simbolizar su poder, se le muestra lanza en ristre a caballo, con la armadura que portó en dicha batalla

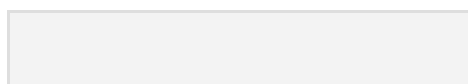




Imagen 50. Carlos V por Tiziano.

“Panofsky señaló la convergencia en esta imagen de dos ideas no excluyentes entre sí, al mostrar a Carlos como heredero de la tradición romana y encarnación del *miles christianus*. La coyuntura en la que se pintó el cuadro permite sin embargo minimizar sus connotaciones religiosas en beneficio de las políticas. La corte no deseaba proyectar una imagen de Carlos como campeón del catolicismo o arrogante vencedor de sus propios súbditos, sino la de un emperador capaz de gobernar un heterogéneo conjunto de estados y religiones” [\(12\)](#).

El enorme éxito que tuvo en la corte, supuso convertirlo en el modelo oficial para la representación triunfal del emperador. De ahí, las numerosas versiones realizadas por los pintores cortesanos. A su muerte en 1558, pasó a la colección de Felipe II. Desde este momento, la obra se convirtió en la imagen simbólica de Carlos V y una de las pinturas capitales de la colección real española, expuesta habitualmente en el Real Alcázar de Madrid en un lugar tan destacado como el salón nuevo o salón de los espejos. Ahora bien, la lanza, arma que se corresponde bien con el carácter valeroso y arriesgado de este monarca, quien intervino personalmente en muchas batallas, tendría su réplica simbólica en un objeto similar aunque más pequeño y no bélico: la bengala.

Tiziano, durante la misma estancia en Augsburgo (1548), pintó otro retrato de Carlos V, esta vez a pie, con armadura y los símbolos de su majestad: bastón de mando y espada, junto con la orden del Toisón de Oro y la imagen de la Virgen con el Niño sobre el peto (ligada a la iconografía carolina desde 1530). La lanza del otro retrato se ha dividido, por un lado en espada, que mantiene el significado agresivo, y por otro en el bastón, atributo del poder [\(13\)](#). Perdido el original, se conserva una copia realizada por Pantoja de la Cruz en 1608.

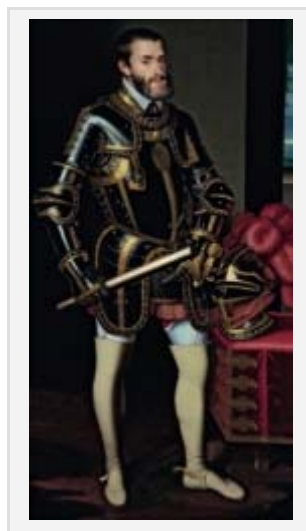


Imagen 51. Carlos V
por Pantoja.

Su hijo Felipe fue coronado rey en 1556, y al año siguiente encarga su imagen oficial al flamenco Antonio Moro, que resulta muy parecida, ya que aparece de pie, con semiarmadura, espada y daga, y la bengala o bastón de mando en la mano diestra. Agradó tanto al monarca, que encargó una copia al discípulo del pintor, Sánchez Coello. Convertido este en retratista real, volvió a representarle ya adulto en muy parecida pose en 1570, al igual que había hecho con el III duque de Alba (1567).



Imagen 52. Felipe II.



Imagen 53. III duque de Alba.

Décadas después, será Velázquez quien pinte en 1635 al rey Felipe IV como general y jinete, con bengala. Lo mismo hace con el príncipe Baltasar Carlos, que a la sazón tenía 5 años: “Erguido sobre su silla, al estilo de la monta española, en una actitud de nobleza; en la mano derecha lleva la bengala propia de general que se le concede por su rango de príncipe real” (Lafuente Ferrari 1964). El modelo de ambos parece ser el “retrato ecuestre del duque de Lerma” de Rubens (1603).



Imagen 54. Felipe IV.



Imagen 55. Príncipe Baltasar Carlos.



Imagen 56. Duque de Lerma.

Esta tendencia iconográfica fue asumida por los Borbones, culminando con el retrato de Carlos III por Anton Mengs (1761), último ejemplo de un monarca español en armadura. El incremento destructivo de la artillería, el alejamiento de los reyes de los campos de batalla y el declive de los torneos y juegos ecuestres, arrinconaron por obsoletas las pesadas armaduras metálicas.



Imagen 57. Carlos III.

Los monarcas hispanos del siglo XX modernizaron su indumentaria, suprimiendo los bastones en sus “retratos de gran gala”, y limitando los elementos simbólicos al Toisón de Oro y condecoraciones militares.

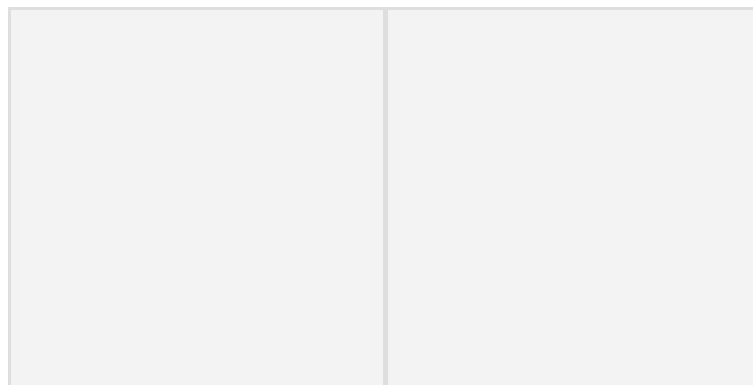




Imagen 58. Tarjeta con foto oficial de Alfonso XIII.



Imagen 59. Juan Carlos I posando con vestimenta similar a la de su abuelo.

6. Los bastones de mando

Finalizaremos la investigación proponiendo una interpretación de estos bastoncillos tan vinculados con el poder. Este objeto posee gran simbolismo en varias direcciones. Podemos aceptar que las armas más antiguas de la humanidad fueran el palo puntiagudo y la porra o maza (todos elaborados con ramas de árboles), junto con las piedras y huesos. Estos objetos bélicos irían modificando su función ofensivo-defensiva para convertirse en signo de prestigio y poder, convenientemente adornados. Al mismo tiempo, los palos servían de apoyo en las caminatas, y como báculo para los ancianos. De aquí, su conversión en signo de la experiencia.



Imagen 60. Cañas de jefe (Angola siglo XIX).

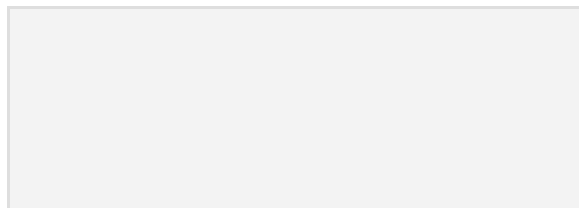




Imagen 61. Deidades del inframundo en la Terraza del Rey Leproso, Jayavarman VIII, Angkor Thom (siglo XIII).



Imagen 62. Toma de posesión del obispo de Alcalá (Reig Plá), 2009.

Asociado con tales objetos se tiene al *hombre salvaje* o *de los bosques*, figura mitológica que abunda en la literatura, obras de arte y grandes fiestas de la Europa medieval, con su apogeo en los burgos, templos y cortes palaciegas del siglo XIV; y muy influyente en la época barroca, representando la antítesis de la civilización y sus restricciones sociales represoras de nuestros instintos naturales, especialmente el sexual y el egoísta. Figuras parecidas se encuentran en la mesopotámica epopeya de Gilgamesh (con su peludo hombre-bestia Enkidu), en el *Ramayana*, epopeya nacional india, donde su héroe Rama encarna al genio de la selva antes de convertirse en dios del amor, y en las mitologías griega y romana (con sus faunos y sátiros), habiendo perdurado en el folclore popular, especialmente en las comitivas de las mascaradas invernales. “El salvaje, como la etimología de su nombre indica, *selvaggio*, es el que habita en la selva, en los bosques (...) Este humano que vive lejos de las ciudades y muy cerca de las guaridas de las bestias tiene largas barbas, va desnudo, con el cuerpo cubierto de abundante vello o revestido a lo sumo de simples pieles, armado con un garrote, maza o bastón” (Llinares 2008).

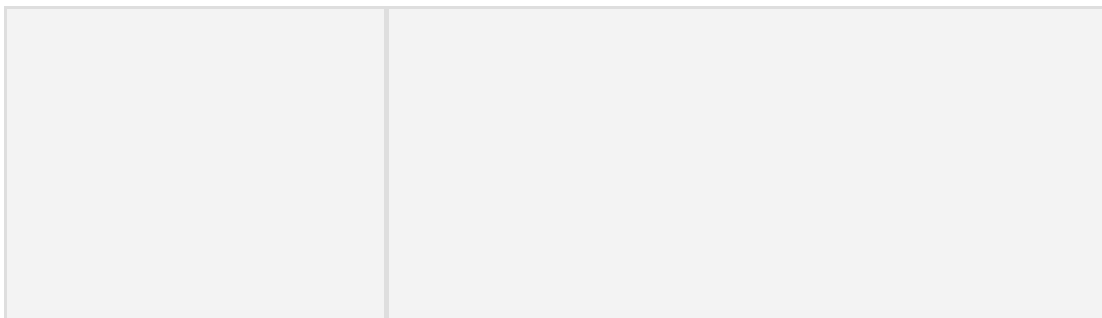




Imagen 63. Dibujo de Hans Holbein el Joven (h. 1525-1528).



Imagen 64. Juego de la caza y muerte del hombre salvaje, por Brueghel el Viejo (h. 1560).

Es una figura polifacética. Por un lado, según Mircea Eliade, el “mito del buen salvaje” prolonga el mito de la Edad de Oro, Edén o paraíso perdido; de la perfección de los orígenes y su nostalgia. Por otro lado, estos salvajes son como enloquecidos animales lascivos, a menudo feroces y agresivos. Convertidos en grotescos, de aterrizantes han pasado a burlescos. Dentro del cristianismo hay una tendencia que auspició la versión positiva del hombre salvaje: la del monaquismo, los eremitas y santos de los cenobios del desierto (cultivada sobre todo en el Egipto del siglo IV). Y por el contrario, aparecen en los autos sacramentales muchos enemigos de la moral caracterizados como salvajes, entre los cuales los que para Calderón encarnaban el ateísmo.



Imagen 65. Hombres de musgo del Corpus de Béjar (Salamanca), 1995.

En su magistral investigación sobre este ambivalente personaje, Bernheimer documenta el *magnus ludus de homine selvatico* en la fiesta de Pentecostés de 1208 en Padua, siendo una de las primeras referencias de actividades teatrales en Italia desde la desaparición del teatro romano (Bernheimer 1952: 51). Representaciones rituales de su caza, captura y muerte (a veces tras ser juzgado), abundan en Europa central, a menudo conectadas con las del oso de las mascaradas invernales, que fueron objeto de prohibiciones ya en el siglo IX, aunque la Iglesia no consiguiera suprimir su culto, como prueba el que sigan presentes por los Pirineos y cordillera Cantábrica en nuestros días. Este autor duda entre calificarlo “ritual de fertilidad que aportaba la promesa de la inmortalidad, o simplemente el eliminar un obstáculo personificado para el regreso de la primavera, un demonio invernal que tenía que morir para que su helado aliento no impidiera el estallido del verdor. Ambas interpretaciones tienen evidencias para

sostenerse” (Bernheimer 1952: 56). Así, el feroz hombre salvaje sería una imagen del invierno y la muerte; poseedor de una doble naturaleza: fertilizador y encarnación de los muertos que regresan, como refleja la ambigüedad de sus rituales. Además, su persecución a la Dama en el folclore europeo ofrece una amplia distribución, lo que demuestra su antigüedad, establecida antes de la Alta Edad Media (Bernheimer 1952: 145). Conectados con ellos se encontrarían los estrafalarios personajes enmascarados conocidos como *botargas*, que portan palos con cabezotas esculpidas, y que fueran estudiados especialmente en Guadalajara por Caro Baroja (1965).

Su genealogía iconográfica nos llevaría hasta el mazo o rama de olivo empuñada por Hércules. En la mitología griega, sobresale un personaje de gran relevancia, implantado tan a fondo que incluso hoy día sigue estando presente en nuestra cultura cibernética: se trata del hijo del gran dios Zeus y el más célebre de sus héroes: Heracles, vencedor de mil combates, arquetipo de la fuerza y el vigor sexual masculinos. Una de sus hazañas fue robar el ganado del gigante Gerión, que habitaba en las Hespérides, al occidente del Mediterráneo. Fue transformado por los romanos en Hércules, al que rendían culto. En la primera historia hispánica, la *Crónica general* de Alfonso X el Sabio (siglo XIII), se le convierte en liberador de Iberia del yugo del tirano Gerión. De ahí, se le considera iniciador de la monarquía ibérica. Y respecto el cetro o bastón de mando, se puede interpretar como residual imagen de la potencia sexual que se atribuye a sus portadores.



Imagen 66. Hércules romano (Constantinopla).



Imagen 67. Hércules de los jardines del palacio de Aranjuez (1827).

7. En los juegos de baraja

Concluiremos ya con las imágenes posiblemente más populares del monarca enarbolando un recio bastón fálico, tanto en nuestros días como hace siglos.

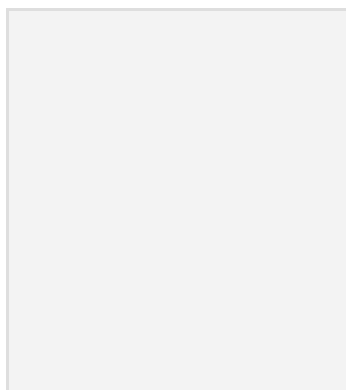




Imagen 68. Rey de Bastos (baraja núm. 1).

Así aparece el rey de Bastos en los naipes españoles, juego de cartas al que se atribuye origen árabe. Antiguamente, parece que a cada uno de los cuatro *palos* en los que se divide el juego, se otorgaba cierto significado: los oros eran la burguesía (ricos), las copas el clero (por el cáliz de la misa), las espadas correspondían al ejército, y los bastos indicaban el pueblo (pobres cercanos a la naturaleza y al cultivo) (14). Pero no deja de ser evidente una conexión de la “gran porra” con la fuerza represiva de la autoridad, ejecutada por los mercenarios a su servicio.



Imagen 69. Rey de Varas.

Parecido personaje es el rey de Varas del tarot, sentado en su trono. En webs esotéricas, la explicación de este arcano menor sugiere que la energía de las varitas mágicas o bastos está incómoda por permanecer quieta, y desea soltarse y volar. Cuando sale esta figura en una tirada de tarot, indica que se debe controlar la impaciencia, pues puede llevar a actuar sin razonar y, con ello, al desastre. Toca guardar la compostura y adecuarse a las normas. Por otra parte, cualidades del rey de Varas son la creatividad y el entusiasmo: tiene coraje, convicciones y siempre cree en si mismo. Como una personalidad fuerte que es, puede tender a veces a la intolerancia. Se considera que los símbolos que dominan esta carta son dos: el león, emblema de Leo y la salamandra, un reptil legendario que se piensa habita en el fuego, y era el símbolo favorito de los alquimistas. Visto esto, el Rey sería el maestro en la creación de fuego. ¡Y así volvemos al mítico dios Sol!

Notas:

1. Para entender estas simbolizaciones modernas de lo político, son interesantes las aportaciones de D. I. Kertzer (*Ritual, Politics and Power*, 1988) y C. Rivière (*Les liturgies politiques*, 1988).



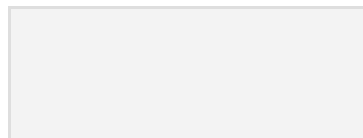
Imagen 70. Castillo conquistado por los cristianos en las fiestas de Aldeire (Granada, 1982). Aquí, la simbología político-religiosa impregna la representación teatral vinculada al ritual festivo.

2. El rey cazando elefantes en Botsuana en plena recesión y ola de recortes; turbios negocios de una infanta y su marido (“escándalo Undargarín”); uso indebido de un rifle por un nieto de 13 años.
3. “Este diseño de la corona real de España timbra oficialmente el escudo nacional”, sin reflejar un objeto existente, siendo un símbolo conceptual (*Blog de heráldica*, 1-X-2011).



Imagen 71. Escudo estatal de España.

Su definición se recoge a través de tres normas legales de 1981 y 1982 que blasonaron, dibujaron y definieron los esmaltes de las armas de España, especialmente en el Real Decreto 2267/1982, por el que se especificaron técnicamente los colores del escudo de España (BOE, núm. 221, del 15-IX-1982).

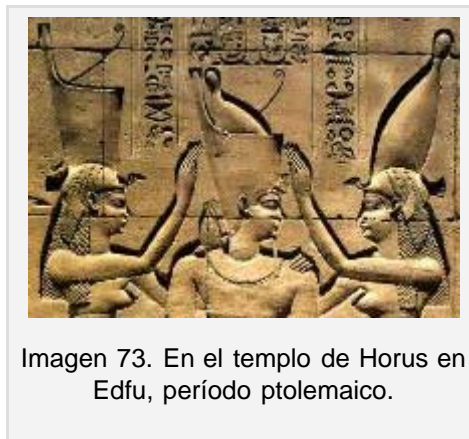




Las palabras del legislador para blasonar la corona real de España fueron estas: “Al timbre, corona real, cerrada, que es un círculo de oro, engastado de piedras preciosas, compuesto de ocho florones de hojas de acanto, visibles cinco, interpoladas de perlas, y de cuyas hojas salen sendas diademas sumadas de perlas, que convergen en un mundo de azur o azul, con el semimeridiano y el ecuador de oro, sumado de cruz de oro. La corona, forrada de gules o rojo”.

4. La leyenda mitológica más conocida en torno a Ra describe cómo durante el día cruzaba el cielo con su barca solar, *mandyet*, en tanto que por la noche viajaba en otra barca, *Mesketet*, a bajo la forma de Sol de poniente. Tras derrotar a la maléfica serpiente Apofis, la cual intentaba detener el avance de la barca, ascendía de nuevo al firmamento cada mañana (Rosa Thode “El panteón egipcio”, en: <http://www.egiptologia.org>)

5. Grabado en el templo menor de Abu Simbel, consagrado por el faraón Ramsés II a Hathor, diosa del amor, la alegría, la belleza, el erotismo y la ebriedad, y a su esposa favorita, la reina Nefertari, (aquí con los atributos de Hathor). La veneración de esta diosa proviene de la época predinástica, donde pudo desarrollar los primitivos cultos a la fertilidad y a la naturaleza en general; con la que se vincularán la deidad griega Afrodita y la fenicia Astarté (Rosa Thode “El panteón egipcio” en <http://www.egiptologia.org>). Véase la semejanza con la muy posterior figuración simbólica de Ptolomeo VIII coronado por las diosas del Alto y Bajo Egipto (144 a. C.)



6. La diosa aparece en su representación característica, como mujer con cuernos de vaca y el disco solar entre ellos.

7. Mano izquierda, que le está coronando con guirnalda, mientras alza con su mano derecha a una mujer torreada, que está de rodillas (el Estado).

8. También aparece en los santos evangelios de Marcos (15, 16-20) y Juan (19, 2-3).

9. Constantin VII Porphyrogénète, *Le livre des cérémonies*, ed. A. Vogt, 4 vols. (Paris, 1935-9): II/I, 1-5.

10. Corona de Carlomagno: La corona de hierro es una antigua y preciosa corona usada desde la Alta Edad Media hasta el siglo XIX para la coronación del rey de Italia. Durante siglos, también la recibieron

los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico. En su interior hay una lámina circular de metal: la tradición cuenta que fue forjada con el hierro de uno de los clavos que se usaron en la crucifixión de Cristo. Por este motivo la corona es también venerada como reliquia, y se custodia en una capilla de la catedral de Monza (Italia), llamada Capilla de Teodolinda. Los textos fuente son: *Annales Maximiani*, en R. Grousset, *Histoire universelle*, París, Encyclopédie de la Pléiade, 1957, t. II: 378; y *Liber pontificalis*, XCVIII, 23-24, en M. Artola, *Textos fundamentales para la historia*, Madrid, Alianza, 1992 (1968): 49.

11. Los anteriores derrocamientos fueron efectuados por Napoleón Bonaparte y las I y II República.

12. De la exposición *El arte del poder. La Real Armería y el retrato de la corte*, Museo del Prado (2010).

13. Tiziano había pintado antes en Italia al duque de Urbino, Francesco della Rovere, como *condottiero* (o jefe militar de los mercenarios) veneciano con bastón de mando, poco antes de morir envenenado (1536-8).



Imagen 74. El condottiero Della Rovere.

14. Antiguamente había varias fábricas en el territorio peninsular, las cuales necesitaban de autorización real para garantizar que su fabricación no fuera tramposa. En el siglo XVIII, una de estas fábricas estaba situada en Macharaviaya (Málaga) y era propiedad de la familia Gálvez, que consiguieron de la corona la exclusiva de fabricación para las Indias Occidentales. Los naipes más conocidos en España son los fabricados por Heraclio Fournier: la primera de sus fábricas estaba en Burgos, se trasladó a Vitoria y hoy día en Villarreal de Álava. El modelo número uno son las barajas más populares de Fournier, que vende anualmente más de diez millones de unidades por el mundo.

Bibliografía

Abélès, Marc

1997 “La antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos”, *Revista Internacional de Ciencias Sociales* (Unesco):

<http://iidypca.homestead.com/FundamentosAntropologia/Abeles - La antropologia politica.pdf>

Bernabéu, J. (J. E. Aura y E. Badal)

1993 *Al oeste del Edén. Las primeras sociedades agrícolas en la Europa mediterránea*. Madrid, Síntesis.

Bernheimer, Richard

1952 *Wild Men in the Middle Ages*. Cambridge, Harvard University Press.

Brisset, Demetrio E.

1984 "La toma del castillo. Análisis de las escaramuzas de moros y cristianos de Granada", *Antropología cultural de Andalucía*. Sevilla, Junta de Andalucía: 481-488.

1988 *Representaciones rituales hispánicas de conquista*. Madrid, Universidad Complutense:
<http://eprints.ucm.es/12540/1/T14723.pdf>

2009 *La rebeldía festiva. Historias de fiestas ibéricas*. Gerona, Luces de Gálibo.

2011a "Ejército y ritual religioso. Dos estudios de antropología política en la España actual", *Gazeta de Antropología*, nº 27 (1), artículo 02:

http://www.ugr.es/~pwlac/G27_02DemetrioE_Brisset.html

2011b *Fotos y cultura*. Málaga, Riuma:

<http://riuma.uma.es/xmlui/bitstream/handle/10630/4195/FOTOS%20%20Y%20%20CULTURA.pdf?sequence=1>

Caro Baroja, Julio

1965 "A caza de botargas", *RDTP XXI*: 273-292.

Criado, Jesús

2006 "La coronación imperial de Carlos V", en *España y Bolonia. Siete siglos de relaciones artísticas y culturales*. Madrid, Fundación Carolina: 103-117.

Durán Gudiol, Antonio

1989 "El rito de la coronación del rey en Aragón", *Argensola*, nº 103: 17-40

Freud, Sigmund

1988 *La interpretación de los sueños* (en *Obras completas*, vol. III). Barcelona, Orbis, 1898-1899.

Garzón-Sobrado, Eduardo

2004 "La simbólica napoleónica", Instituto Napoleónico México-Francia:
<http://inmf.org/esymbolique.htm>

Gay, Peter

1990 *Freud*. Barcelona, Paidós.

Grimes, Ronald L.

1981 *Símbolo y conquista*. México, FCE.

König, Franz

1964 *Diccionario de las religiones*. Barcelona, Herder.

Leval, Gastón

1978 *El Estado en la historia*. Madrid, Zero Zyx.

Llinares, Joan B.

2008 "El mito del hombre salvaje en el Barroco: una lectura antropológica de La vida es sueño de Calderón", en J. V. Bañuls, F. De Martino, C. Morenilla (eds.), *Teatro y sociedad en la antigüedad clásica. Las relaciones de poder en época de crisis*. Bari, Levante Ed.: 443-488.

Panofsky, Erwin

1992 *Estudios sobre iconología*. Madrid, Alianza.

Pulgar, Hernando del

1780 *Crónica de los señores Reyes Católicos*. Valencia.

Peirce, Charles
1978 *Écrits sur le signe*. Paris, Seuil.

Sorlin, Pierre
1985 *Sociología del cine*. México, FCE, 1977.

Turner, Víctor
1980 *La selva de los símbolos*. Madrid, Alianza.